

Nuestros amos inteligentes.

Anastasio Rojo Vega.

Recuerdo vagamente el título de una canción que estuvo de moda hace algunos años, es decir, algunos para mí y toda una vida para los adolescentes que pasan al lado aprendiendo a hacerse los amos de la calle y de la suya. Se titulaba algo así como El video mató a la estrella de la radio y filosofaba sobre que estábamos asistiendo a un fenómeno imparable por el que la televisión, el video y el ojo sustituirían al oído, a las emisoras de radio y hasta al mismísimo cine.

Ahora lo que se burreta y agorea es algo parecido pero distinto, que Internet acabará con la prensa escrita y con los libros. Se acabó el comprar estanterías y el repetir eso tan manido de que el saber no ocupa lugar porque, en efecto, no ocupa más que pueda hacerlo un sagrario en el inmenso edificio de una iglesia o catedral, si se me permite el símil laico. Irreverente, quizá, pero bien traído, porque el tamaño del ordenador personal vigente en estos momentos, es más o menos ese y también se ha convertido en el sancta sanctorum de la vivienda, al menos entre los más jóvenes. Dicen que la literatura no servirá para nada. Mentira. Servirá para que pongamos nombre a un quinceañero sin móvil y sin ordenador. Es un Robinsón Crusoe, diremos por haber leído. Sólo por haber leído, porque ¿a quién que no lo haya hecho se le ocurriría el nombre de Robinsón Crusoe con lo que conlleva?.

Aseguran que el ordenador e Internet acabarán con la lectura y sin embargo cada vez son más los periódicos gratuitos que regalan en la calle y los suplementos que los periódicos de pago de toda la vida ofrecen en los kioscos ¿No es un contrasentido?.

Y en dichos suplementos y en los periódicos mismos, cada vez hay una presencia mayor de artículos históricos, lo que no es menor paradoja. Sea ejemplo uno que he hojeado este pasado fin de semana y que contenía un resumen de la vida y obra de Leonardo da Vinci, magnificándole - ¿qué otra cosa podría hacer para no herir sensibilidades?- en sus distintas facetas de hombre renacentista, es decir de genio.

Una de las páginas aparecía llena de dibujos del corazón humano, porque Leonardo fue de los que creyeron que el hombre era un mecanismo, un autómatas dirigido por el alma, un robot animado, y que conociendo sus componentes podía llegarse a entender mejor su esencia, como conociendo las piezas de un reloj es más fácil saber cómo funciona y hacer un arreglo si se avería.

Unos dibujos preciosos a ojos de anatomista, seguramente no tanto para los de Agatha Ruiz de la Prada, con textos explicativos que exhalan tufos de incienso y loa, como fumarolas. Uno se titula 'Hombre y animal' y nos asegura que el artista estaba convencido de que determinadas observaciones anatómicas – como la depuración de la sangre mediante un complicado proceso de ósmosis entre los ventrículos – son similares en los hombres y en los animales. Maravilloso ¿verdad?. Pues no. Si quisiésemos subrayar méritos en Leonardo deberíamos citar cualquiera de sus pensamientos menos ese, porque no es más que la repetición servil de un grosero error de Galeno de Pérgamo, médico de Calígula y de Nerón y de Yo Claudio en los primeros siglos de la Era Cristiana, que inventó la existencia de unos agujeritos en el tabique del corazón, 'foramine' interventriculares, para explicar el paso de sangre desde las venas a las arterias antes de que se formulase la teoría de la circulación. Vesalio, en pleno Renacimiento, ya hizo ver que, con ello, el pergamino había metido lastimosamente la pata.

Da igual. Cualquier cosa sirve de maravillamiento y de fascinación, hasta los errores pasados, porque la gente, al no leer, los ignora y vuelve a encontrarlos tan atractivos como lo fueron antes de ser corregidos. Llegará el tiempo en que alguien dirá que hubo una vez a un hombre llamado Jonás al que se comió una ballena y en el que quienes le rodean pensarán: ¡Qué imaginación!. Imaginación o Internet. Habrán observado que últimamente los escritores lo dejan todo perdido de citas. Entre los Diccionarios de frases célebres y el Google es sencillo escribir algo así: Como dijo Artemidoro de Éfeso... Preguntarse a continuación si habrá existido alguien nombrado de semejante forma, porque si existió seguro que dijo algo, buscar en el Google, tomar la primera frase erudita atribuida a él que aparezca y seguir: Como dijo Artemidoro de Éfeso... Internet.

Hasta ahora la cultura, o la civilización, o como quiera llamarse, ha avanzado, o no, como quiera considerarse, gracias al perfeccionamiento tecnológico puesto al servicio de los sentidos, dotándolos de cada vez mejores herramientas. Internet es, teóricamente, la memoria infinita, la ciencia infusa y la base de la nueva inteligencia artificial que está intentando desarrollarse en diferentes partes del mundo. De una situación en la que los robots han sustituido a los hombres en las fábricas de coches ¡que trabajen ellos! ¿llegaremos a otra en la que nos sustituyan inteligencias artificiales? ¡¿que piensen ellas?!

¿No han sentido envidia al pasar por los campos de Salamanca y de Extremadura y ver retozar a nuestros compatriotas ibéricos – según nuestros abuelos el cerdo es el animal que más se parece al hombre -, caminando con su peculiar trote de felices senderistas por entre las encinas?. Disfrutando porque otros piensan por ellos. ¿Cuándo nos tocará a nosotros?.

